

01/2010

En Noviembre del 2004, seis meses antes de partir para radicarme en África del Norte con mi familia, fui a Buenos Aires a encontrarme con Ivan. Se aproximaba la fecha de mi salida a África, y oraba al Señor pidiendo que me concediese la oportunidad de estar una última vez con nuestro querido "viejito". Tenía la sensación de que no lo volvería a ver y precisaba estar con él para oírle y hablarle. Necesitaba expresarle mi gratitud y cariño por todas las eternas marcas que él dejó en la Iglesia brasilera, en mi vida y ministerio.

En este tiempo Ivan ya tenía dificultades para oír, lo cual hizo que nuestro encuentro fuese especialmente cálido porque precisábamos estar muy cerca el uno del otro para que el pudiese oír. También, dado su estado de salud, se dormía en medio de las conversaciones, y así nuestra comunión se volvió un poco más extensa.....

Le hablé de la multitud de hijos, nietos y bisnietos espirituales que el dejaba en Brasil; de cómo era amado por tantos hermanos (aunque muchos de ellos nunca o habían visto a él ni él conocido a ellos), y de cómo el corazón de la Iglesia brasilera, en especial aquella parte que probó de su servicio, estaba lleno de eterna gratitud a Dios por haber sido expuesto a su vida y servicio. Las marcas de su apostolado estaban definitivamente grabadas en nuestras vidas y ministerios.

En seguida, después de oírme me dijo: "¡Soy solo un peón, nada más!"

Yo sabía que aquella no era una frase "gentil"; Ivan no estaba mostrando un charme o intentando mostrar una aparente humildad. El vivía así, ¡como un simple peón! Conseguía armonizar en un mismo corazón la clara conciencia y convicción de la responsabilidad y autoridad apostólicas, y la humildad de un simple miembro del cuerpo de Cristo. Y yo me puse a pensar: "¡Qué contraste con el cuadro que tantas veces vemos en la Iglesia de Dios! ¡Cuántos hombres amantes de sí mismos y admiradores de su propio ministerio!, hombres que tan solo buscan afirmación y reconocimiento, que se auto-titulan apóstoles; hombres que se imponen a sí mismos en la Iglesia". En mis pensamientos decía al Padre: "¡Gracias por darme la oportunidad de convivir con un modelo verdadero de apóstol-siervo!, alguien al que no le importa ser colocado en el último lugar; que cuando es injuriado, bendice; cuando perseguido, soporta; cuando calumniado, busca conciliación; en fin, ¡alguien al que no le importa que lo consideren basura del mundo y escoria de todos!" (1 Cor 4.9, 12, 13).

Estoy convencido de que el diablo siempre usó y usará en el seno de la iglesia, la carne del hombre y la institución humana para intentar detener la marcha de los hijos de Dios. Cuando esto ocurre, la única manera de continuar siendo bendición para la Iglesia y darle gloria a Dios, es doblarse en humillación sobre la bendita cruz. Hacerse estrado para la exaltación de Cristo. Solo por la humillación se vence a la carne. Solo nuestra humillación exalta a Jesús (Gal 6.14). La vida humilde de Ivan trajo mucha gloria a Cristo, y mucho sufrimiento para él mismo. Esta realidad nos anima y desafía porque sabemos que Dios, el Padre, confió el destino eterno de los cielos y la tierra en las manos de su amado hijo Jesús: un hombre capaz de lavar los pies de sus amigos...y enemigos (Juan 13.1-5). ¡La grandeza de la tarea que se nos confiará depende de cuánto estamos dispuestos a descender en humillación! El hombre verdaderamente espiritual es también verdaderamente humilde y vive en humillación. Por estar siempre de

rodillas es frecuentemente considerado de pequeña estatura o poca envergadura espiritual... con todo, hay un Padre que ve en secreto... Si, ¡el Padre ve! ¡Ve y sabe que las rodillas de tal hombre están siempre dobladas en adoración a Dios y servicio a sus hermanos!

Sobre el futuro ministerio en África me dijo: "Allá no serás obispo, ¡Serás siervo!"

Oyéndolo, me puse a pensar en cómo la Iglesia sería gloriosa si pudiésemos vivir de esta manera. ¡Mi corazón se llenó de convicción de que el Señor no desistió de su propósito de restaurar su Iglesia, de que el Rey de Gloria devolverá a su amada novia la pureza y santidad que le son debidas! Para esto el Señor precisa de hombres que no desistan del "Plano de Construcción" que el Espíritu Santo confió a los primeros apóstoles y sobre el cual debemos edificar la Iglesia de Cristo.

Con esta convicción en el corazón yo le dije: "¡Ivan, Dios hará muchas cosas en la Iglesia que tú no verás! Hay toda una gloria de santidad y verdad que envolverá a la Iglesia que tú no tendrás oportunidad de presenciar, pero, mi querido hermano, estoy convencido de que mucho de esa gloria venidera no acontecería si antes el Padre no nos hubiese dado a ti! Quiero que sepas que estamos comprometidos a mantenernos en este camino que nos abriste. Vamos a mantenerlo abierto, y vamos a ampliarlo, por la gracia y misericordia de Dios. Queremos preparar camino para la generación que nos sustituirá. Necesitamos hacerlo para que nuestros hijos puedan seguir adelante sin necesidad de descubrir todo otra vez. No podemos perder la revelación que recibimos, ya no queda tiempo para tal cosa..."

Amados, me muevo en esta esperanza, fe y convicción: ¡Jesús tendrá una novia que corresponda y refleje su gloria! Para esto, El precisa modelos; modelos que desafíen, inspiren y arrastren a los discípulos. Somos responsables de eso.

En Ivan tenemos un modelo. Un discípulo de Jesús precisa reunir la dignidad de un príncipe y la humildad de un esclavo; la solemnidad de un sacerdote, la obediencia de un ángel; la seriedad de un profeta y la simplicidad y alegría de un niño. ¡Ivan fue así!

¡En el perfecto e infalible amor de Jesús!

¡Vanjo!